EL TEATRO—COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

EL SOMBRERO HONGO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

A. LÓPEZ MONÍS Y J. SÁNCHEZ GERONA

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
PROPIEDAD
MADRID

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH
Pozas, 2, segundo

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Florín, 8, bajo

1900

24

8550

EL SOMBRERO HONGO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería de D. FLORENCIO FISCOWICH y los de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que previene la ley.

EL SOMBRERO HONGO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO LÓPEZ MONÍS Y JOSÉ SÁNCHEZ GERONA

Estrenado en el TEATRO LARA, de Madrid, la noche del 22 de Marzo de 1900

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana 20

Teléfono núm. 551

1900

A Mariano de Larra

Usted, con su práctica del teatro, nos dió atinados consejos para la confección de esta obra, la ensayó con mucho cariño, y la estrenó en la noche de su beneficio, contribuyendo con su esmeradísimo trabajo al éxito alcanzado. Tanto, pues, le debe este juguete y le debemos nosotros, que, ya que no como padre de la criatura, le consideramos como un pariente muy cercano.

Sea usted amable hasta el final y consienta en que su nombre figure en la primera página de la obra como muestra del reconocimiento de

Los Autores

¡Ah! Y de paso dé usted las gracias á todos los demás actores que tomaron parte en la representación, y que con tanto acierto desempeñaron sus papeles.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TULA (1).....	Doña Eloisa Parejo.
GERTRUDIS.....	Rafaela Lasheras.
SALUSTIANO.....	Don Mariano de Larra.
NICANOR.....	Juan Balaguer.
REDONDO.....	José Santiago.
CUADRADO.....	Rafael Ramírez.
BORROMEO (2).....	Manuel Balaguer.

La acción en Madrid.—Épcoa actual

Derecha é izquierda, las del actor

(1) Habla con acento cubano muy marcado.

(2) Acento andaluz.

ACTO ÚNICO

Despacho de confianza. A la izquierda, mesa ministro, y sobre ella, libros, escribanía, periódicos, etc. Un sillón de respaldo alto. Sillón de despacho. Velador con tapete. Tres sillas volantes de rejilla. Cuadros buenos en las paredes. Cortinas para cinco huecos. Un biombo elegante á la derecha. Aparato de luz eléctrica apagado. Alfombra. Balcón con vidrieras en segundo término derecha. Es de día. Al levantarse el telón, está Salustiano sentado a la mesa, leyendo una carta.

ESCENA PRIMERA

SALUSTIANO

¡Pues es una gracia! Yo que creí que íbamos á hacer el gran negocio comprando cock para vender en Madrid. Nada, y aquí está muy claro. (Leyendo.) «Siento que no puedas hacer el negocio; pero el carbón que prometí venderos á tí y á Nicanor, no os lo puedo enviar, porque se han agotado en estos días todas las existencias.» Nada, que se acabó el carbón. Hay que avisar á Nicanor en seguida. Cuatro palabras en una tarjeta. (Escribe.) «No hay nada de lo dicho. Todo se ha acabado. Ven esta tarde y te explicaré.» (Llamando mientras pone el sobre.) ¡Borromeo! (Se levanta y mete la mano en un bolsillo de la americana.) ¿Qué tengo yo aquí? ¡Atiza! (Sacando dos estuches pequeños.) Los regalos para las dos

669717

Gertrudis. No me acordaba ya; sobre todo de uno de ellos: del de mi mujer. Trescientas pesetas por barba. Los dos regalos me han costado lo mismo. No podrá quejarse mi esposa, caso de enterarse... Sin embargo, vale más que no se entere. Bueno, ¿qué tenía yo que hacer?... ¡Ah!... ¡Borromeo! ¡Borromeo! (Borromeo entra por el foro y se coloca detrás de Salustiano, sin hablar y sin ser visto de éste.) Dos perlas blancas y dos perlas negras. (Mirando los estuches abiertos.) ¿Qué será más elegante?... Para mandárselo á la otra Gertrudis; á ver si á fuerza de obsequios de valor conquisto esa fortaleza inexpugnable. Pero ese Borromeo ¡ Borro!... (Se tropieza con él al volverse para llamarlo.)

ESCENA II

DICHO y BORROMEO

BOR. Si estoy aquí hace dos horas.

SAL. Pues haberlo dicho. Mira.. (En voz baja y después de mirar á todas partes.) vas á llevar esto á casa de la señorita Gertrudis; ya sabes, calle Mayor.

BOR. Sí, señor.

SAL. Y esta tarjeta á casa de don Nicanor.

BOR. Sí, señor.

SAL. Que no vayas á perder esto, que es de mucho valor.

BOR. Sí, señor; digo, no, señor (Se guarda el estuche que le da Salustiano.)

SAL. Aunque, aguarda. Le escribiré dos letras, (Escribiendo.) «Querida Gertrudis.» (A Borromeo.) Mira, ponte ahí, (Señalando á la primera derecha.) y si viene la señorita, toses.

BOR. Bueno.

SAL. (Escribiendo) «Ahí te mando ese re...»

BOR. ¡Ejem, ejem! (Tose naturalmente.)

SAL. (Oculta la carta y los pendientes y mira á la puerta azorado. Después de tararear y esperar un rato sin que nadie entre.) Pero, ¿no viene la señorita?

BOR. No, señor.

SAL. ¿Pues por qué has tosido?

BOR. Porque me ha dado tos.

SAL. Estúpido. (Vuelve á escribir.) «Ese recuerdo, por ser hoy el día...»

BOR. ¡Ejem, ejem! (Tos natural.)

SAL. (El mismo juego de antes.) ¿Viene?

BOR. No; es que estoy constipado.

SAL. Así revientes. (Escribe) «Día de tu santo. Aunque te parezcan raros los pendientes, no te importe, están muy de moda.»

BOR. (Con tos fingida.) ¡Ejem, ejem, ejem, ejem!

SAL. Menudo catarro ha cogido ese. (Sin hacer caso de la tos) «Adiós, rica; hasta luego. Tuyo que se consume por tus pedazos, Salustiano.» (Al toser Borromeo la última vez, entra Tula por la primera derecha, y se acerca á la mesa sin ser vista por Salustiano. Este, al terminar la carta, levanta la vista y encuentra á Tula delante de él. Borromeo procura llamar la atención de Salustiano con señas.)

ESCENA III

DICHOS y TULA

TULA ¿Qué haces, nene, colibrí, cariño?

SAL. (Aparte) ¡María Santísima! (Alto.) Nada, niña: banana, cacatúa.

TULA Voy á arreglarme, por si vienen visitas.

SAL. Muy bien, muy bien pensado.

TULA Adiós. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS, menos TULA

SAL. ¡Hasta el verano! (Persiguiendo á Borromeo con la escribanía. Este huye de él dando vueltas alrededor del biombo. Aquí, y en las demás escenas en que lo marque el diálogo, Borromeo demostrará miedo, como si Salustiano acostumbrase a pegarle.) ¡Animal! ¡Bestia! ¡No te mato por lástima!

BOR. Pero si he tosido.

SAL. Calla, imbécil Ven aquí. (Llevándole junto á la mesa.) Espera que voy á poner el sobre (En tanto que Salustiano escribe, Borromeo se pone á mirar el estuche que que ó sobre la mesa, saca el que guardó, coge de cada uno una alhaja y las toma á peso, comparándolas. Salustiano le sorprende, y Borromeo, asustado, cambia los pendientes de estuche al volver á guardarlos de prisa.) Pero, ¿qué haces?

BOR. (Cogiéndose un dedo al cerrar un estuche.) ¡Contra!

SAL. Me alegro, por curioso. Ya sabes, lárgate y vuelve pronto, que se acerca la hora de la consulta gratuita.

BOR. Está bien. (Mutis.)

SAL. Ove, y si cuando vue vas está delante la señorita Tula, no digas nada, ó me lo dices de un modo indirecto.

BOR. Señorito, descanse usted en mí.

SAL. Bueno, ya veremos.

BOR. Señorito, que usted descanse.

SAL. Que bueno, hombre

BOR. No, si ahora es que me despido.

SAL. ¡Ah! Creí... Está bien. (Mutis Borromeo por el foro.)

ESCENA V

SALUSTIANO

¡Ea! Ya salimos del paso. ¡Qué contenta se va á poner esa porque, aunque no he conseguido todavía que admita regalos de valor, le gustan mucho las alhajas a la pobre. Y es de puro buena que es, sí, señor. Cada día estoy más contento de ella. No parece una peinadora. Tan fina... tan modosita... tan guapa... y, sobre todo, la ventaja indiscutible de llamarse Gertrudis, como mi esposa. Si se llamara de otra manera, con lo distraído que yo soy, ya lo hubiera notado mi mujer. Nada, no encontraré otra de sus condiciones. Yo lo que quiero es una mujer joven, como esa, que se traiga muchas cosas.

Porque hay mujeres que no se traen nada y encima se llevan lo que pueden. Esta se lleva algo, pero se trae, se trae la mar de cosas. De la mía estoy hasta el pelo. Por supuesto, el día en que Gertrudis se entere de que soy casado, va á haber la gorda, porque ella está convencida de que lo que yo busco es casaca... y yo ya tengo una casaca que parece un capote de la Guardia civil.

ESCENA VI

DICHO y TULA por la primera izquierda

TULA ¿Estás ya desocupado, niño?

SAL. ¡Pche!

TULA Pobrecito mío, cuánto trabajas. Cuando nos casamos, creí que ya no tendrías que ejercer nunca tu carrera.

SAL. Y yo. (Por eso me casé.)

TULA Y una carrera tan ingrata y tan penosa como la de médico especialista

SAL. Es verdad. Todo el día luchando con sordos.

TULA ¡Pobre chatito mío! (Salustiano se toca la nariz cómicamente en señal de duda.)

SAL. Pero tengo el consuelo de hacer que oigan muchos infelices, gracias á las trompetillas y á los nuevos sombreros acústicos que, como único representante del inventor, importo de Alemania.

TULA Ya ves tú, ¿quién había de decir que la guerra se iba á llevar aquel ingenio tan hermoso que yo tenía? El día que me dijeron que había perdido el ingenio, me quedé como tonta.

SAL. Y todavía. . todavía se te conoce.

TULA ¿Eh?

SAL. La pena por la pérdida de tu ingenio.

TULA Pero nada me importa, con tal de saber que tú me quieres mucho, ¿no es cierto?

SAL. (Aparte.) (¡Vaya! Escena cursi de amor.) (Alto.) Sí, mucho.

TULA Bonito, coquito en dulce, titi.

SAL. Para que te convenzas de que te quiero, mira lo que te he comprado, por ser día de tu santo. (Va á la mesa.)

TULA No te había querido decir nada hasta ver si tú te acordabas de Santa Gertrudis.

SAL. (Involuntariamente.) Ya, ya tengo yo quien me lo recuerde.

TULA (Alarmada.) ¿Quién, niño?

SAL. (Fingido y señalando al corazón.) Este, éste, que no se olvida de ti. (Le da el estuche.) Mira.

TULA (Tomándolo.) ¡Ay! ¿Querrás creer que me emociona tu obsequio como si fuera una niña?

SAL. ¿Por qué, guayabita mía?

TULA Me acuerdo de tu regalo el día que me pediste ..

SAL. ¿Cuándo, cuándo te he pedido yo nada?

TULA El día que me pediste en matrimonio.

SAL. ¡Ah, sí! Es verdad.

TULA (Abre el estuche.) ¡Qué lindo! Pero, ¿qué es esto?

SAL. Dos perlas blancas.

TULA Aquí no hay más que una.

SAL. (Buscando.) Se habrá caído por aquí la otra.

TULA Y una perla negra.

SAL. (Distraído.) Se habra caído también la otra.

TULA Si es que hay un pendiente de cada clase.

SAL. ¿Qué dices? A ver... (Aparte.) ¡Adiós! Ya ha metido ese la pata.

TULA ¿Qué significa esto?

SAL. Pues, verás ..

TULA No lo pienses; dilo en seguida.

SAL. En seguida .. en seguida. (Aparte.) En seguida que venga, lo mato (Alto.) Es que el joyero... (Procurando disimular su turbación.) dijo que... era moda. Eso mismo, la última moda.

TULA Pero, oye, ¿tú crees que me he caído yo de un cocotero? ¿Moda esta ridiculez?

SAL. ¿No se llevan las pulseras desiguales? ¡Ya ves! Sobre todo, que ahora se usa así entre la aristocracia. La duquesa de Picorroto, la condesa de Patafloja.. y el mismo presidente del Consejo de ministros.

TULA (Asombrada.) ¿El presidente?

SAL. (Aparte.) ¡Adiós! (Alto.) El presidente del Con-

sejo estaba comprando unos así para su señora. Estoy seguro que la Gertrudis lleva unos iguales; pero igualitos.

TULA ¿Qué Gertrudis es esa?

SAL. Gertrudis... Gómez de Avellaneda... (Aparte.) ¡Qué bárbaro!

TULA Ea, pues voy á estrenarlos ahora mismito. (Se los pone.)

SAL. (Aparte.) ¡Dios mío, cualquiera que se fije la va á tomar por loca.

TULA ¿Estoy bien con ellos?

SAL. Sí. (Aparte.) Para que te den dos tiros.

ESCENA VII

DICHOS y BORROMEO por el foro derecha

BOR. Señor, ya hice el encargo.

SAL. ¿Estaba en casa ese caballero?

BOR. ¿Don Nicanor? No, señor.

SAL. (Haciendo señas á Borromeo.) Si digo el otro.

BOR. ¡Ah! (Aparte.) Ya no me acordaba de lo del modo indirecto. (Alto.) Sí, señor, sí estaba; me recibió él mismo en peinador.

TULA ¿Cómo en peinador?

SAL. Con bata, querrá decir. (A Tula.)

BOR. (Que no ha oído bien.) ¿Eh? .. Eso, corbata, así de grande.

SAL. Bueno, márchate.

BOR. Entregué el regalito, y en seguida abrió el estuche.

SAL. ¡Sí, anda, márchate!

BOR. Y se puso uno en una oreja...

SAL. ¡Que te marches!

BOR. (Aparte.) Pero qué tío más grosero. (Mutis por el foro derecha.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos BORROMEO

TULA ¿Qué regalito es ese?

SAL. No era ningún regalo. Borromeo se lo habrá figurado así. Se trata de un aparato de medicina.

TULA No, Borromeo ha hablado de un estuche.
SAL. Es lo mismo; un estuche de cirujía.
TULA Entonces, ¿qué es lo que se puso en la oreja?
SAL. (Aparte.) ¿Qué le diré yo? (Alto.) Lo que iba en el estuche: una trompetilla... para oir mejor.
TULA Tú me engañas, Salustiano.
SAL. ¿Yo? ¿Engañarte yo, Tulita mía?

ESCENA IX

DICHOS y BORROMEO por el foro derecha

BOR. Señor; ahí está don Nicanor, que pregunta si pasa.
SAL. Ya lo creo. Que pase inmediatamente. (Vase Borromeo por el foro derecha.)
TULA (Aparte.) Voy á ver si puedo averiguar la verdad. Conquistaré á Borromeo. (Alto.) Adiós, nene.
SAL. Adiós, nana; digo, niña.
NIC. (A Tula, que al entrar se encuentra con ella en el foro.) Señora ..
TULA Caballero .. (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA X

SALUSTIANO y NICANOR

SAL. ¡Querido Nicanor! Ven á mis brazos. ¡Cuánto tiempo sin vernos!
NIC. Estoy ahora muy distraído.
SAL. ¿No has recibido una tarjeta mía?
NIC. No, no vengo de casa.
SAL. Pues te decía en ella que no hay nada del negocio de los carbones.
NIC. Hombre, pues lo siento, porque eso nos hubiera producido mucho; pero, ¡bah! Después de todo, no me importa que ese negocio se haya deshecho.
SAL. ¿No?
NIC. No. ¡Ahora tengo otro negocio!

SAL. Supongo que me darás participación.

NIC. No; dispensa, chico; pero en esta clase de negocios es en la única en que no admito socios comandita ios Se trata de un negocio de faldas.

SAL. ¿Hechas ó en corte?

NIC. Hechas y puestas. (Accionando mucho toda la cera)

SAL. ¿Qué me cuentas?

NIC. Lo que oyes. Y hay que fijarse en el cuerpecito jacarandoso que las lleva. Veras.

SAL. ¡Adiós! Descripción, tenemos.

NIC. Paseando una mañana...

SAL. «Por las calles de la Habana...»

NIC. No me interrumpas y oye atento Paseando una mañana por la calle de la Princesa, se me ocurre sonarme las narices, y, al sacar el pañuelo observo que éste tenía un nudo Indudablemente era para acordarme de algo. De pronto caigo en que tenía que ir á visitar á un amigo que vive en el barrio de Salamanca, á cuyo efecto pensé en tomar el tranvía. En aquel momento pasaba uno. Llamo al conductor, pero éste se hace el distraído y el tranvía sigue corriendo con una velocidad de ochenta nudos por hora. Yo echo á correr detrás, haciendo señas con el pañuelo; pero eran para mí muchos nudos y de tanto correr, se me hizo otro nudo en la garganta, y me pegué con el del pañuelo en un ojo.

SAL. Sí, ochenta y dos nudos. ¿Y qué? (Como fatigado por la descripción que hace Nicanor)

NIC. Que cuando ya estaba hecho una maraña veo á lo lejos una señora que manda parar. Yo aprovecho aquella coincidencia, hago un esfuerzo y logro llegar al vehículo. Después de dar un suspiro de satisfacción, me fijo en aquella señora que había sido para mí la Providencia, y observo que era fea como un carabinero.

SAL. Como un carabinero feo; porque habrá algunos guapos.

NIC. Puede.

SAL. ¿Y es de eso de lo que te has enamorado?

NIC. Aguarda. Echa á andar el coche, y á poco, ¡tín! El timbre. Vuelve á parar y la veo entrar á ella.

SAL. ¿A quién?

NIC. A ella, á mi nuevo amor. Voy á describírtela.

SAL. (Nervioso.) ¡Hombre, por Dios!

NIC. (Muy vivo, hasta el final del párrafo.) Es ni alta ni baja. El cutis terso, el cabello rizado, los ojos negros, los dientes blancos, la boca chica, la cadera grande, las orejas cortas, las pestañas largas, el zapato bajo, el moño alto, el pecho saliente, la cintura entrante... y así lo demás.

SAL. Pues no sé cómo es. Me has hecho un lío.

NIC. Estaban los asientos ocupados; yo me levanté cortesmente para que se sentara, y al dejarla pasar, ¡oh, delicia! Dió una brusca sacudida el vehículo y caí sentado sobre sus rodillas. Todos los viajeros soltaron la carcajada, yo solté el bastón para no hacerla daño...

SAL. ¿Y ella?

NIC. Ella me soltó un tremendo puñetazo en las narices, de cuyas resultas empecé á arrojar dos chorros de sangre que parecían dos caños de los viajes antiguos. Todo el mundo se alarmó; ella, compadecida, hizo parar el tranvía y me metió en la botica de la Reina Madre, en la calle Mayor, donde á fuerza de agua fría y no sé qué más, se me cerró la cañería. Tan pronto como me ví útil, salimos á la calle y le dije: «Joven, supongo que estará usted dispuesta á reparar de algún modo los daños causados; ¿quiere usted que la convide á comer en la Bombilla?» Mira, chico, si no me retiro pronto, me da otro puñetazo mayor que el de la calle Mayor. Yo no he visto virtud más salvaje. Nos pedimos mutuamente perdón. La acompañé hasta una casa que ignoro si es la suya, sin conseguir que accediera á mis pretensiones, y nos despedimos ceremoniosamente, jurando yo adorarla toda mi vida, y aconseján-

dome ella que no volviera á sentarme sobre ninguna mujer decente.

SAL. Pues chico, es toda una novela.

NIC. Una novela interesantí ima. Es una mujer superior. He sabido que es maestra.

SAL. ¿Elemental?

NIC. ¡Superior!

SAL. ¿Con que al fin te has enamorado?

NIC. Y platónicamente, que es lo más triste.

SAL. Pues te compadezco, porque esò es muy aburrido; lo sé por experiencia,

NIC. ¿Sí? De modo que tú también... ¿Y no has conseguido nada de Gertrudis?

SAL. Nada. No he conseguido más que soltar dinero. Claro; así resulta la peinadora más elegante de Lavapies.

BOR. (Saliendo por el foro derecha.) Señor, ya hay un sordo esperando. (Vase por el foro.)

SAL. Bueno, mira; ven al otro despacho, porque ha llegado la hora de la consulta gratis, y entre enfermo y enfermo, seguiremos hablando.

NIC. Vamos. Te advierto que tengo abandonados todos mis negocios. No me ocupo más que de ella.

SAL. ¡Bien hecho! Ni yo. Como que esa es la vida. La otra noche soñé que estábamos en un baile de máscaras y... excuso decirte. ¡Yo en chulo!... (Hacen mutis los dos, bailando ridículamente á lo chulo por la segunda izquierda.)

ESCENA XI

BORROMEO y CUADRADO, por el foro

BOR. Pase usted por aquí.

CUAD. ¿Hay alguien esperando? Porque no me gusta presenciar las curas. ¡Bah! Le esperaré aquí.

BOR. Bueno, pues le avisaré.

CUAD. Gracias. (Borromeo hace mutis por la segunda izquierda, y sale al momento.)

BOR. Que viene en seguida.

CUAD. Está muy bien. (Vase Borromeo por el foro derecha.)

ESCENA XII

CUADRADO

De seguro que ya habrá cola. Claro, como que el doctor Orejón es un gran especialista en enfermedades de la oreja. Yo le estoy muy agradecido. A él le debo el poder oír, en tanto que me cura definitivamente. A él y á este sombrero acústico. Mire usted que es admirable. (Quitándose el sombrero.) Como si estuviera en la luna; no oigo nada. (Poniéndoselo.) En cambio ahora... Ahora tampoco oigo nada, porque no hay nada que oír; pero si volara un mosquito, lo oiría. ¿Y las trompetillas? ¡Oh! ¡Qué maravillosas! Ha vendido en un año cerca de dos mil. No me extraña que sea tan popular. ¡Como que hay por ahí dos mil trompetas pregonando su fama.

ESCENA XIII

DICHO, SALUSTIANO y NICANOR por la segunda izquierda

SAL. (Salen riéndose.) Bueno, hombre, bueno. Soy con usted en seguida, señor Cuadrado.

NIC. Hasta otro rato, ¿eh?

SAL. Que vengas por aquí con más frecuencia. Te voy á acompañar.

NIC. Ya nos contaremos nuestras aventurillas.. pero no salgas, que te necesitan tus sordos. ¿Sabes que debes tener un pulmón.. hablando siempre á gritos?

SAL. No, les hablo por señas, y tengo ya una habilidad tal, que me entienden perfectamente. (Van á salir y aparece en el foro Redondo.)

ESCENA XIV

DICHOS y REDONDO por el foro

RED. ¿El doctor Orejón?
SAL. Servidor.
RED. ¿Eh?
SAL. (A Nicanor.) Sordo. (Hace señas muy vivas y ridículas, indicando que va á acompañar al amigo á la puerta y que vuelve. Mutis Salustiano y Nicanor por el foro derecha.)

ESCENA XV

CUADRADO y REDONDO

RED. (Imitando al hablar el modo de decir destemplado de los sordos.) ¡Hola, Cuadrado!
CUAD. Adiós, Redondo. ¿Usted por aquí? ¿Cómo le va?
RED. ¿Eh?
CUAD. ¿Que cómo le va?
RED. Sí, ya he visto que se va, pero volverá pronto. (Muy alegre.) Pues yo cada día más sordo.
CUAD. Está usted así porque quiere. Si usara usted como yo, este sombrero acústico, oiría perfectamente. Son unos sombreros muy buenos. Yo, si no tuviera que descubrirme nunca, no tendría necesidad de venir aquí.
RED. ¿Eh?
CUAD. Nada.
RED. ¿Eh?
CUAD. Que te maten. Ya viene aquí el doctor.

ESCENA XVI

DICHOS y SALUSTIANO. Salustiano le hace señas á Redondo de que se espere, que va á curar á Cuadrado, que está primero. Redondo queda al lado izquierdo del biombo y Cuadrado y Salustiano al otro lado. Redondo se sienta á leer

SAL. ¿Cómo va, señor Cuadrado?

CRAD. Parece que estoy mejor. Oigo ya algo, aunque no lleve el sombrero.

SAL. Ya lo creo, hombre; como que es infalible mi procedimiento cuando la sordera es nerviosa. En quince días le aseguro á usted que se podrá entender con su señora...

CUAD. ¡Ca! ¡Eso no es posible! Ni en quince años.

SAL. Aunque se lleven ustedes mal Y en un mes oirá usted hasta á los que le pidan dinero.

CUAD. Hombre, pues lo sentiré.

SAL. Usando el mismo sistema quirúrgico curé al presidente de la república del Paraguay, que tenía completamente perdidos los huesecillos del oido, llamados yunque, martillo y estribo. El primer día tropecé con el yunque, y lo coloqué en su sitio; dos dias después comencé á dar con el martillo.

CUAD. Le haría usted mucho daño.

SAL. Regular. Y al poco tiempo le coloqué bien el estribo Además, tenía muy desviado el pabellón de la oreja, y en un periquete se lo arreglé En el Paraguay todos saben que dejé el pabellón bien puesto .. (Durante el párrafo anterior está preparando la cura.) Conque vamos á ver. (Hace como que le mete en la nariz una sonda que tiene una pera de goma en un extremo. Aprieta la goma y cuadrado hace un movimiento cómico al figurar que le entra el aire.) Pues, nada, esto va muy bien.

CUAD. (Saca el pañuelo y estornuda) ¡Achist! Esta es la operación que más me fastidia. Siempre me hace estornudar. ¡Atchist! Mire usted, estoy sudando. (Se quita el sombrero, que habrá tenido

puesto hasta ahora, y se limpia la frente. Van hasta la otra parte de la escena.) Por cierto que tengo que mandarle á usted otro cliente.

SAL. Muy bien. Le daré á usted una tarjeta para que sepa las horas y los precios. (Se la da. Cuadrado deja el sombrero en el velador, junto al de Redondo, se mete el pañuelo en el bolsillo, saca la cartera y guarda la tarjeta. Vuelve á coger el sombrero, pero coge el de Redondo, que no se apercibe del cambio por estar distraído leyendo un periódico.)

CUAD. Conque, hasta mañana, don Salustiano. Adiós, Redondo. Que te alivies.

RED. No quiero. (Vase Cuadrado por el foro.)

ESCENA XVII

DICHOS menos CUADRADO. Salustiano hace señas á Redondo, preguntándole lo que tiene

RED. Que hace unos meses empecé á quedarme sordo, á consecuencia de la mucha quinina que he tomado. (Salustiano por señas le dice que no es nada.) Sí, ya me han dicho que se me pasará y que volveré á oir perfectamente; pero eso es lo que yo no quiero, que se me pase, porque yo vivo solo con mi suegra, y la única manera de no matarla es no oirla. De modo que lo que yo deseo es que me deje usted sordo para siempre.

SAL. Vamos, este tío está loco. (Por señas le indica que lo que quiere es un sueño, y que él no deja sordo á nadie.)

ESCENA XVIII

DICHOS, BORROMEO por el foro derecha

BOR. (Azorado.) ¡Señor, señor!

SAL. ¿Qué pasa?

BOR. Que ahí está la Gertrudis.

SAL. ¡Aquí Gertrudis! Dile que se vaya inmedia-

tamente. ¡Venir á mi casa! (A Redondo.) ¿Le parece á usted?

RED. ¿Qué pasa?

SAL. ¿Y á usted, qué le importa?

RED. ¿Hay fuego? (Al ver el azoramiento de los otros.)

BOR. Viene decidida á entrar.

SAL. Dile que no estoy.

BOR. Ya se lo he dicho, pero me ha contestado que sabe que esta es la hora de la consulta, y que, si no la recibe usted, va á mover un escándalo que la van á oir los sordos.

SAL. ¡Qué más quisieran ellos! Bueno, que pase; pero por Dios, estate al cuidado, no vaya á enterarse la señora.

BOR. Descanse usted, señorito. (Vase por foro derecha.)

SAL. Malo; en cuanto este me dice que descanse, ya estoy temblando.

ESCENA XIX

SALUSTIANO, REDONDO y GERTRUDIS por el foro derecha

GER. ¡Buenas tardes! (A Salustiano.) Pero tú te has figurado que yo... (Viendo á Redondo.) ¡Anda, Dios; el vecino; el oso del balcón!

RED. ¡Cielos! ¡Ella aquí!

SAL. ¿Cómo? ¿Conoces tú á ese?

GER. Sí; es un pelma que vive al lado de mi casa, y no me deja á sol ni á sombra.

RED. ¿Qué viene usted á hacer aquí?

GER. (Gritándole.) Lo que quiero.

RED. (Aparte.) ¡Ah! Por dinero. ¿Será?...

SAL. ¡Chist! Hazme el favor de no dar esas voces, porque se pueden enterar.

GER. ¿Los sordos?

SAL. (Aparte.) (Es verdad...) (Alto.) No, los criados... y mi hermana. (Aparte.) (No vaya á venir la otra.) (Alto.) Ven, ven aquí y hablaremos. (Pasa con ella al otro lado del biombo.) Vamos á ver. ¿No te he prohibido desde el primer día que vengas á buscarme aquí? ¿Por qué has venido?

GER. En primer lugar, porque este es un establecimiento público, y puede venir el que le dé la gana. En segundo lugar, porque así me lo dices en tu tarjeta.

SAL. ¿Yo? Yo no te decía... á ver, á ver... (Toma la tarjeta que le da Gertrudis. Redondo coge el sombrero que dejó Cuadrado y se lo pone.)

RED. Vaya, me voy, porque no me hacen caso. Pero, ¿á qué habrá venido? E la no es sorda.

SAL. ¡Jé, jé! Es natural.

GER. ¡Ah! ¿Sí?

RED. (Deteniéndose al apercibirse de que oye.) Es particular. ¿Pues no me parece que oigo hablar?

GER. ¿De qué te ríes?

SAL. De que esta tarjeta no era para tí. La mandé con Borromeo á un amigo mío, y como es tan bruto, la ha cambiado con la que te escribía á tí. (Siguen hablando en voz baja.)

RED. ¡Qué alegría! ¡Lo oigo todo. (Muy alegre.) ¡Se tutean! (Muy enfadado.) Digo! Se tutean.

SAL. Cómo me has creído capaz...

RED. Pues, señor. ¡Si será bueno este médico que con sólo estar en su casa se cura la sordera! (Se acerca al biombo á escuchar.)

GERT. ¿Por eso dices aquí que todo se ha acabado?

SAL. Refiriéndome al carbón.

RED. ¿El carbón? ¿De qué diantres hablan?

GERT. Pues flojo disgusto me he llevado. Te juro que traía las de Caín. (Incomodándose repentinamente.) Por eso y por otra cosa.

SAL. ¿Cuál?

GERT. (Señalándose las orejas.) Por esto.

RED. ¿Qué será eso? (Se quiere acercar tanto al biombo, que tropieza con el ala del sombrero y se le cae éste. Le coge y sigue escuchando sin ponérselo.)

SAL. ¡Caracoles! ¡Los otros pendientes!

GERT. ¿Qué significa esto? ¿Usted ignora que á las mujeres decentes no se les regalan alhajas?

SAL. No, dispensa. Hay mujeres decentes á quienes se les regalan. Ya ves tú, mi esposa...

GERT. ¿Cómo?

SAL. Mi esposa... futura eres tú, y no está mal visto que las admita como uno de los regalos de boda.

RED. Me escama no oír nada. ¿Se habrán ido?

SAL. Como no estaría mal visto que tú me hicieses también algún adelanto, por modesto que fuese.

GERT. ¿Sí, eh?

RED (Después de asomarse un momento por el biombo.) Pues están ahí. Será que hablan muy bajo.

GERT. ¿Y se puede saber por qué son desiguales?

SAL. Porque es moda; me lo ha asegurado el joyero.

GERT. Esa no cuela. Eso es que los has cambiado con los de otra, como la tarjeta.

SAL. No; yo te juro...

GERT. Sí, hombre; si yo soy muy viva, y como yo sepa quién es... á ella y á tí.. (Redondo se pone el sombrero.) ¡por estas! (Haciendo una cruz con sus dedos y besándolos.)

RED. ¡Y se están besando!

SAL. (¡Dios mío! ¡Y la otra que los tiene puestos!)

GERT. Tú no me conoces á mí. El otro día le solté un puñetazo en el tranvía á un caballero, que estuvo echando sangre media hora.

RED. (¡Qué bestia!)

SAL. (¡Cielo! ¡Es la de Nicanor!) (Alto.) Pues nada; yo te doy mi palabra de honor... (Sigue hablando en voz baja.)

RED. Este sombrero me molesta. Me parece que no es el mío. (Leyendo en el fondo del sombrero.) ¡Eh! « Sombreros acústicos... Alemania.» ¡Claro! Así oía yo tan bien. Pero, ¿y el mío? (Buscándolo por todas partes.)

GERT. Lo creo, sí, señor; pero ten en cuenta para lo sucesivo, que á mí no me la da nadie.

SAL. Bueno, pues ahora, vete, porque si sale Tula...

GERT. ¡Eh! ¿Tula?.. ¿Quién es Tula?

SAL. (¡Animal!) (Alto.) La... perra, eso es; la perra.

GERT. ¿Pero muerde.

SAL. ¡Anda! Ya lo creo; á todo el que no conoce.

GERT. ¡Qué atrocidad!

SAL. Además, me están esperando los clientes. Luego iré á verte.

ESCENA XX

DICHOS y TULA por el foro izquierda

TULA ¡Ah! ¡Caballero!... Creí que estaba aquí mi esposo.

RED. (¡La perra!) (Con espanto.)

TULA Pero... ¿Estará ocupado?

RED. (Con aire lastimoso.) Sí, señora, bastante.

GERT. Bueno, hasta luego (Cuando va á salir, Salustiano, que habrá demostrado zozobra por parecerle que oye la voz de su mujer, la detiene.)

SAL. Espera.

TULA (A Redondo.) Usted dispense. Beso á usted la mano.

RED A los pies de usted. (Vase Tula por la primera izquierda.)

ESCENA XXI

DICHOS, menos TULA

SAL. (Yo la diría que es una enferma, pero los malditos pendientes...) Espera, no salgas ahora.

GERT. ¿Por qué?

SAL. Voy á ver...

RED. ¡Qué callados están! (Salustiano y Redondo se van subiendo cada uno en una silla y se asoman al biombo al mismo tiempo, tropezándose las cabezas. Los dos tosen y miran á todos lados para disimular. Al bajarse de las sillas:)

SAL. (Aparte.) ¡Caracoles!

RED (Aparte.) ¡Demonio!

SAL. (Pues no es poco curioso el tío este.) (A Gertrudis.) Anda, ya puedes salir. No hay nadie más que el sordo

GERT. ¡Ah, mi vecino! ¡Qué tío más antipático y más primo!

SAL. En efecto; tiene cara de imbécil.

RED. Muy bien. Ahora vereis.

GERT. Conque, adiós, chatito mío.

SAL. (Aparte.) (¡Pero qué empeño tienen todas en llamarme chato!) Te acompañaré. (Salustiano y Gertrudis pasan al otro lado del biombo, en donde está Redondo.)

RED. ¡Se acabaron las contemplaciones! ¡Lo he oído todo!

GERT. }
SAL. } ¿Eh?

RED. ¡Todo! (A Salustiano.) Venga usted acá, *chatito*.

SAL. ¡Oiga usted!

RED. Sí, señor. Oigo, oigo perfectamente. Demasiado. (A Gertrudis.) ¿Conque antipático? (A Salustiano.) ¿Y tío? (A Gertrudis.) ¿Y primo? (A Salustiano.) ¿Conque imbécil?

GERT. Pero yo creí que era usté sordo.

RED. Y yo también; pero se equivoca uno. Yo también creí que era usted una peinadora decente.

GERT. ¿Cómo?

SAL. ¡Poco á poco!

ESCENA XXII

DICHOS y CUADRADO por el foro derecha

CUAD. ¿Se puede?

SAL. ¡Silencio! (Conteniéndolos.)

CUAD. Ustedes dispensen; pero debo haber cambiado antes mi sombrero, y como apenas oigo sin él...

RED. ¡Ah, sí! Será este; pero ahora me hace mucha falta.

CUAD. Lo siento mucho; pero es mío y no puedo detenerme.

SAL. ¡Claro! Por eso oía.

RED. Bueno, tome usted; después de todo, ya he oído bastante.

CUAD. Gracias. Tome usted el suyo, y ustedes dispensen. Adiós, señor Orejón.

SAL. Usted lo pase bien. (Vase Cuadrado por el foro.)

ESCENA XXIII

DICHOS, menos CUADRADO

GERT. (Muy encrespada.) Oiga usted. Eso de que yo no soy decente...

SAL. ¡Dios mío! ¡Un escándalo!

RED. Nada; no oigo nada.

ESCENA XXIV

DICHOS y NICANOR por el foro derecha

NIC. (Aparte.) Esto tiene mucha gracia... (Alto.) ¡Salustiano!

GERT. (Aparte.) ¡Anda, Dios! El señor del tranvía.

NIC. ¡Demonio! ¡La chula del puñetazo!

RED. Sí, señor; repito lo dicho. Usted es un adúltero y usted una croqueta... una coqueta.

GERT. ¡Yo! (Yendo á pegarle á Redondo con las tenacillas.)

SAL. ¡Gertrudis!

NIC. ¡Calma! Haya calma.

GERT. ¡Ay. ay... ay!... (Cae desmayada en una butaca.)

SAL. ¡Cielos! ¡Qué compromiso!

RED. ¡Me alegro!

NIC. ¡Gertrudis!

RED. ¡Gertrudis!

SAL. ¡Gertrudis! (Procurando los tres que vuelva en sí.)

RED. Y ahora voy á buscar á la perra para que se entere de todo.

SAL. ¡María Santísima! Nicanor, ayúdame á echar á este á la calle. (Haciendo señas á Redondo, que se niega á salir.)

RED. No, señor. Quiero que se sepa.

SAL. ¡Silencio! (Tapándole la boca y empujándole.)

NIC. ¡A la calle!

RED. Oiga usted, *chatito*. (Los dos se llevan á la fuerza á Redondo por el foro.)

ESCENA XXV

GERTRUDIS y TULA por la primera izquierda

TULA (Saliendo.) ¡Qué escándalo! ¿Pero dónde estará mi nene? No lo encuentro por toda la casa. ¡Calle! Una señora dormida. ¡Eh! ¡Joven, joven! No contesta, debe ser una sorda.

GER. (Volviendo.) ¡Ay! De buena se ha librado. ¡Ah! Señora... (Aparte.) (Será su hermana.)

TULA ¿Qué le ha pasado á usted? ¿Cómo la ha dejado á usted sola mi marido?

GER. ¡Cómo! ¿Su marido?

TULA (Gritando.) ¡Digo, que cómo está usted sola!

GER. No grite usted tanto, que no soy sorda.

TULA ¡Ah! Vamos, ¿está usted ya curada?

GER. Sí, señora; del todo. Pero, ¿qué veo? ¡Los otros pendientes! (Aparte.) Pues se ha caído.

TULA ¡Calla! Y lleva usted unos pendientes iguales á los míos. Indudablemente están de moda.

GER. Señora, usted es panoli, por fuerza.

TULA ¡Cómo! ¿Qué soy yo?

GER. ¿Quién le ha regalado á usted esos pendientes?

TULA Mi niño, el doctor Orejón, mi marido.

GER. ¿Conque... (Riéndose por disimular su rabia.) el niño? ¿Y quién cree usted que me ha regalado estos?

TULA ¿Qué sé yo?

GER. Pues... el mismo niño, el mismo Orejón, su marido de usted.

TULA ¿Qué oigo? ¿El? Luego usted... ¡Virgen del Camigüey, qué malo es!

GER. ¡Ah! ¿Y lo toma usted así? Pues lo que es de mí se va á acordar mientras viva.

TULA ¿Qué va usted á hacer? (Viendo que Gertrudis saca las tenacillas como si fuera un arma.) ¡Socorro!

GER. Ahora verá usted. (Se dirige al foro á tiempo que entran Nicanor y Salustiano. Tula cae desmayada en la butaca, que tiene el respaldo muy alto, de manera que no es vista de Salustiano y Nicanor.)

ESCENA XXVI

DICHAS, SALUSTIANO y NICANOR por el foro derecha

SAL. (A Gertrudis.) ¡Ah! ¿Se te ha pasado ya?

NIC. ¿De modo que era esta?...

GER. Sí, señor; esta era la que vivía engañada por este desahogado, y ahora se va á saber quién es esta.

NIC. Yo ya lo sé.

SAL. Pero...

GER. (Llevándolo al lado de la butaca donde está Tula.) Venga usted aquí.

SAL. ¡Horror! ¡Mi mujer!

NIC. ¡Atiza!

GER. Mire usted los otros pendientes. ¿También de moda, verdad?

NIC. (Aparte.) Menudo puñetazo le espera.

SAL. No, yo te diré... Pero vamos antes de que vuelva.

GERT. No, si ya nosotras hemos hablado, sí ya sé que esta es la perra que muerde; pero el perro y el tío lo es usted.

NIC. Nos la vamos á tener que llevar como al otro.

SAL. Calma, por Dios, Gertrudis. Yo te ruego que me perdones, que te vayas.

NIC. Ademas esa señora no tiene la culpa.

GERT. Tiene usted razón. Después de todo la compadezco; pero usted... (A Salustiano.)

NIC. (Aparte.) ¡Sí! Prepárate; ahora verás.

SAL. Sí; pégame, insúltame, rómpeme lo que quieras; pero en la calle, en tu casa. Aquí no des mas escandalos, por Dios.

GERT. Hombre, me da usted lástima, y le dejo ileso; pero no vuelva usted a acordarse del Santo de mi nombre, porque no vuelve usted á vender mas sombreros de hojalata. ¡Hasta nunca! ¡¡Narizotas!! (Vase por el foro derecha.)

ESCENA XXVII

DICHOS menos GERTRUDIS

SAL. Hombre, esta me ha dicho la verdad. Ni por dos mil duros vuelvo yo á vender otro sombrero acústico Se va hecha una fiera.

NIC. Pero se lleva los pendientes.

SAL. Y esta infeliz se habrá llevado un disgusto horrible. ¡Tula! ¡Nena! ¡Guayabita mía!

NIC. Guayaba de este...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y BORROMEO por la segunda izquierda

BOR. Señor, los sordos se impacientan, y dicen que van á venir á buscarle á usted.

SAL. No. Haz el favor de contenerlos: voy en seguida.

BOR. Señorito, descanse usted.

NIC. ¿Y la dejas desmayada?

SAL. Espera un momento aquí
hasta que esta vuelva en sí;
y si dan una palmada
recógela tú por mí.

TELON

NOTAS

1.ª El sombrero, á ser posible, debe ser de hoja de lata forrado de fieltro para que á la vista parezca un sombrero común, y, sin embargo, produzca al caer ruido metálico.

2.ª El sillón en que se desmayan *Gertrudis* y *Tula* debe tener el respaldo muy alto, de modo que estando sentada en él una persona no sea vista de los personajes que estén detrás del sillón.

3.ª El biombo debe ser también bastante alto, para que la persona que pretende asomarse por arriba tenga necesidad de subirse en una silla.

4.ª Los autores ruegan á los actores que interpreten el papel de *Redondo* que se fijen muy bien en todas las acotaciones en que se marca cuándo ha de tener el sombrero puesto y cuándo ha de estar descubierto.

5.ª Si los actores encargados de los papeles de *Redondo* y *Cuadrado* no tuvieran el mismo tamaño de cabeza, de modo que el mismo sombrero no pueda servir para los dos, aun igualándose en lo posible con las pelucas, harán lo que sigue: al entrar *Cuadrado* por primera vez en escena traerá puesto su sombrero, recubierto en su interior con papel de estaño, para que al enseñarlo al público parezca que es metálico; al entrar *Redondo*, trae el sombrero metálico hecho á su medida, y entra descubierto, dejando desde luego el sombrero sobre la mesa. Al marcharse *Cuadrado* se lleva el mismo sombrero que trajo, cuidando de no enseñar entonces el forro, y no se lo pone en escena. *Redondo* queda en escena con el sombrero metálico, y al hacer mutis, empujado por *Salustiano* y *Nicanor*, se marcha descubierto.

5165

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

DE LÓPEZ MONÍS

La jaula del loro.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El adivino. — Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El maestro latón. — Zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros en prosa, original, música de Rubio y Estellés.

Concurso universal(1).—Revista en seis cuadros en prosa y verso, original, música de Valverde (hijo) y Calleja.

El sombrero hongo.—Juguete cómico en un acto, en prosa, original.

DE SANCHEZ GERONA

La jaula del loro.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original

El adivino. — Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El maestro latón. — Zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, en prosa, original, música de Rubio y Estellés.

El sombrero hongo.—Juguete cómico en un acto, en prosa, original.

(1) En colaboración con D. Antonio Paso y D. Enrique García Alvarez.

PUNTOS DE VENTA

En todas las principales librerías.